SERMÓN

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Predicado en la capilla del Colegio de Jesús, en la ciudad de Salta, el día 4 de junio de 1880[1]

Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos.

Manete in delectione mea.

JOANN. XV. 9.

Hecha semejante declaración por Jesucristo, Hijo de Dios: *Como me amó mi Padre, así yo os he amado;* ¡qué peso el de esa otra palabra que sigue: *Manete in dilectione mea: ¡*amadme, pues, vosotros y permaneced en mi amor! "Si un hombre sabe, decía San Francisco de Sales, que él es amado por cualquiera que sea, eso solo le compele a amarlo; pues si un pobrecito es amado por un gran señor, se siente compelido con mayor fuerza; y si lo fuera por un monarca, ¡cuánto más! Sabiendo pues vosotros que Jesús verdadero Dios nos ha amado", y que nos ha amado en la manera que Él mismo declaró en la noche de su Pasión: "*Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos*: yo os he amado como me amó mi Padre", en vista de ese prodigio de amor, ¿quién podrá decir el peso y la fuerza con que cae sobre nuestros corazones esa otra palabra: *"Manete in delectione mea*: amadme pues vosotros y permaneced en mi amor?".

Jesucristo, Unigénito y consubstancial del Padre, es amado por Él con un amor eterno e infinito, es el objeto de sus soberanas complacencias como lo declaró con voz misteriosa a las orillas del Jordán y sobre el monte de la Transfiguración: *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias.* Y en verdad que Jesucristo es soberanamente digno de tal complacencia y amor, no solo en cuanto Dios sino también en cuanto Hombre, ya que de su humanidad reboza toda gracia y verdad, y en su naturaleza humana como en la divina subsiste la sola persona del Verbo: tal hermosura y perfección infinita en quien, y por quien han sido creadas todas las cosas, ese Hombre Dios es amado por su Padre con un amor eterno e infinito; ¡Ah! ¡Nada más justo y natural que ese amor soberano! Pero, o nunca debiera decirse, o es este el caso de exclamar con el Profeta: *"Obstupescite coeli super hoc, et portae ejus desolamini vehementer:* Espantaos cielos y derríbese por el suelo todo vuestro poder (Jerem. II. 12)". Ese mismo Hijo de Dios, objeto único del amor soberano, nos ha hecho esta declaración: *Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos:* como mi Padre me ha amado a mi que soy su propio Hijo, que soy de toda eternidad una misma cosa con él, que he

[1]El Illmo Sr. Obispo de Salta, Dr. D. Fr. Buenaventura Rizo y Ratron, ha concedido 40 días de indulgencia por cada vez que los fieles lean con atención estos sermones.

venido a este mundo a hacer su voluntad santísima, y por cuya gloria doy mi vida, en una cruz, como él me ha amado, así yo os amé a vosotros que por el pecado erais *hijos de ira, reos de eterna pena; ¡Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos!*

Este incomprensible misterio del amor de Jesucristo a los hombres es lo que la Santa Madre Iglesia honra y venera en el sacratísimo y dulcísimo Corazón de Jesús. Mas, ¡ay de mí! que en los cultos que tributa al Sagrado Corazón no solo tiene en vista el misterio de su amor sino otro misterio de iniquidad por parte nuestra casi tan incomprensible como aquel otro. ¡La vergüenza y confusión debieran hacernos enmudecer! Pero es preciso decirlo: esa palabra de Jesucristo: *Manete in dilectione mea,* que con un peso como infinito se desprende de las primeras, *Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos,* es como una paja sobre nuestros corazones, ha quedado burlada. ¡Ah! El amor de un Dios correspondido por nosotros con ingratitud, y nuevas y mayores ofensas, ved ahí al Sagrado Corazón de Jesús, tal cual la Iglesia lo considera y adora en este día. Despreciando su amor le hemos herido, le hemos coronado de espinas y hemos hecho de su mismo amor una Cruz de indecibles tormentos. ¡Ah, solo con Jesucristo se quebranta la ley de nuestro corazón que se siente como forzado a amar a quien nos ama!

Pero ese divino Corazón así herido con nuestras ingratitudes, ¡ah!, ese Corazón de infinita bondad y mansedumbre no cesa de amarnos, antes bien con las mismas llagas, cruz y espinas en que hemos convertido su amor, continúa diciéndonos: *Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea.* Consideremos pues atentamente estas palabras de un precio infinito y para hacerlo y que sea con fruto invoquemos antes a la Santísima Madre de Dios, y por esto Madre del amor hermoso, saludándola devotísimamente. AVE MARÍA.

I

Es propio de todos los misterios de la fe cristiana y de toda palabra que procede de la boca de Dios, que por su alteza y profundidad confunden la razón humana dejándola como envuelta en sagradas tinieblas. Pero no es menos propio de esos misterios y divinas palabras el que con su misma oscuridad iluminen nuestras almas y den entendimiento a los que con humildad las aceptan. Esto como en todo lo demás de la sagrada doctrina se ve claramente en las misteriosas y altísimas palabras que hoy consideramos "*como mi Padre me amó, así yo os he amado".*

Abrumado mi entendimiento con el insoportable peso de semejante revelación, yo no puedo hacer otra cosa que con mi frente sumida en el polvo adorar el misterio del amor del Padre, tan alto y escondido como el misterio de la eterna generación de su Unigénito. Yo adoro y creo en el incomprensible misterio de que el Unigénito de Dios haya amado al hombre, a este vil gusanillo de la tierra con el amor con que Él es amado por el Eterno Padre: "¡*Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos!".*Yo creo y todos vosotros creéis en esas palabras de Jesucristo; pero ¿quién es capaz de comprender el abismo de misterios que ellas encierran? ¿Quién disipará la nube que las envuelve? Con toda esa oscuridad, esas mismas palabras sin verdadera luz que pone en claro el

motivo del amor de Jesucristo a los hombres: la causa de su muerte en Cruz, y el resorte de su paciencia infinita con nosotros los pecadores. Esas palabras, en sí tan misteriosas e incomprensibles, disipan a su vez las tinieblas con que se escuda nuestra ingratitud para no reconocer el amor de Dios, diciendo con el impío: *¿In quo dilexiste nos?*¿Qué amor puede tenerme Dios a mi que soy tan pequeño y miserable? Si yo mismo huyo siempre de mi por el horror que me causo; ¿cómo la infinita sabiduría puede ver en mi algo que sea digno de su amor? No, hermanos míos, no ve ni ama Dios en nosotros nada que por sí sea digno de su amor. Dejemos a un lado los bienes terrenos, las riquezas que no nos pertenecen ya que están fuera de nosotros; nuestro cuerpo que hace parte de nuestra naturaleza, no tiene más valor que el heno que se seca a los primeros ardores del sol, que una triste flor destinada a marchitarse luego por la enfermedad, ¡la vejez y la muerte! Nuestra alma es verdad, fue criada a su imagen y semejanza; su entendimiento era un rayo de luz eterna y su voluntad una preciosa fuente de aspiraciones nobilísimas; mas ¡ay! que por el pecado aquel rayo de luz se oscureció y nuestro corazón fue hecho una sentina de pasiones ignominiosas. Tal ruina, tal degradación jamás puede ser objeto del amor de la Perfección infinita.

Mas poned atención a las palabras de Jesucristo, que hoy considera la Santa Iglesia; *Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos,* y el misterio, o mas bien el pavoroso enigma del amor de Dios al hombre pecador se aclara y explica con todas sus finezas, con su inmensidad y constancia hasta sufrir muerte de cruz por él. Al decirnos el Señor *como me amó mi Padre, así yo os he amado,*no solo nos da en esas palabras la medida del amor que nos tiene, sino que principalmente quiere enseñarnos la causa y razón de su amor, es decir, que nos ama porque ha recibido de su eterno padre el mandato de amarnos, porque él lo ha enviado a salvar el mundo por el amor. Esta voluntad del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo tiene sobre el corazón de Jesucristo toda la fuerza del amor con que Él ama a su Padre, toda la fuerza de su inmensa gratitud y reverencia; y así como un cuerpo que choca en otro, rebota con la misma fuerza con que ha caído, para servirme de la comparación con que a este mismo propósito emplea el V. Maestro Juan de Ávila, así la inmensa caridad con que Jesucristo ama a su Padre, vuelve de ese objeto soberano al vilísimo de los hombres con la misma fuerza e intensidad con que se dirige a ese objeto dignísimo de todo amor. Repitámoslo una vez más, hermanos míos: Jesucristo ama a su Padre con amor soberano; el Padre quiere que salve a los hombres por el amor; el Hijo de Dios ama pues a los hombres con el amor soberano con que ama a su Padre: *Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos*. ¡Qué torrentes de luz y de hermosura como infinita no derraman estas palabras sobre los hijos de los hombres!

Esas divinas palabras nos han explicado la razón altísima del amor que nos tiene Jesucristo; ellas solas también pueden explicarnos los excesos de humillación y dolor que vemos en su adorable persona.

Él nació en un establo de bestias y fajado con pobres pañales fue reclinado en un pesebre. Esa humillación infinita del Verbo de Dios humanado, obra fue de su amor soberano.

Su huida a Egipto para librarse de la persecución de Herodes, su vida pobre y humilde obra es de su amor soberano.

Padece hambre y sed el que es la gloria y hartura de los Bienaventurados por causa de ese mismo amor.

El amor, en fin, le entrega a sus enemigos, el amor le encadena, le corona de espinas, le derriba, le crucifica, le quita la vida en medio de los más acerbos dolores y afrentas.

Ya no puede pedirse mayor prueba de amor que la de sufrir la muerte, y tal género de muerte, por los que amaba Jesucristo; pero Jesucristo es Dios y ama como Dios, nos ama con el amor con que le amó su Padre y por esta causa no se contentó con dar la vida por nosotros, sino que quiso estar con nosotros hasta la consumación de los siglos en el Sacramento del Altar. Ahí lo tenéis, por causa de su amor a nosotros humillado y sujeto a todos los sacerdotes de la tierra, oculta y escondida su gloriosísima humanidad, bajo los accidentes de pan, para que nos acerquemos a Él sin temor alguno, sujeto al olvido e irreverencias y profanaciones sin número: ahí está como le vio San Juan en el Apocalipsis, *agnus occisus,* cordero muerto ante la presencia de su Padre que se ofrece perpetuamente por la salud de los hombres. Tal amor es burlado con nuestras frecuentes ingratitudes, pero ese divino y amantísimo corazón no cesa de clamar con su misma paciencia y mansedumbre finita: "Como me amó mi Padre así yo os he amado. Permaneced pues en mi amor: "*Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos, Manete in dilectione mea".*

II

El P. S. Bernardo explica así estas santísimas palabras: "Porque yo os amo con el mismo amor con que mi Padre me ama, os pido y ruego que vosotros también me tengáis ese mismo amor. Y como vuestro amor me llevó a la muerte y ni la muerte más cruel me puede separar de vosotros, así también vosotros me debéis amar y permanecer siempre en ese amor". Yo dejo, hermanos míos, a cada uno de vosotros el cargo de considerar el valor de esa súplica: "*os ruego pues que vosotros me tengáis ese mismo amor -eaden dilectione vos me diligere rogo".* Cada uno de vosotros entre en su propio corazón y pregúntese así mismo: ¿qué es lo que debo a un Dios que así me ha amado? ¡Ah! No caiga jamás de nuestros corazones la memoria de la caridad de Jesucristo, a fin de que rindiéndonos a su bondad infinita le demos lo que Él nos pide lo que por tantos títulos merece nuestro amor: *¡Manete in dilectione mea!*

Pero ¿en qué consiste y cómo se ha de probar ese amor de que nos habla nuestro Señor y Padre Amantísimo? En el Santo Evangelio que se nos ha leído antes de nuestra plática y cuyas primeras palabras son las que hasta ahora considerábamos, prosigue el Señor como si respondiera a la pregunta que toda alma bien dispuesta hace inmediatamente: ¿qué haré para vivir en el amor de mi Señor Jesucristo? "*Si precepta mea servaveritis manebitis in mea dilectione: sicut ego Patris mei precepta servavi et maneo en ejus dilectione".* Si observareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo cumplo la voluntad de mi Padre y vivo en su amor. Una vida

verdaderamente cristiana por la observancia de la ley de Dios; por la práctica de las virtudes y la huida de todo pecado, ved ahí pues que según la palabra de Jesucristo es vivir y permanecer en su amor.

Mas, ¿a quién pide el Señor esta pureza y santidad de vida?

¿Por ventura solo a las personas religiosas, a los sacerdotes, a los que hacen profesión de vida devota y que por las gracias especiales que han recibido de Dios están llamados a una vida mas perfecta? ¿Acaso las gentes que se dicen de mundo están excusadas de llevar una vida verdaderamente cristiana? No, mil veces no; todos sin excepción alguna, pobre o rico, sabio o ignorante, grandes y pequeños, todos estamos obligados a amar a Jesucristo, a observar sus mandamientos; porque a todos sin excepción nos ama, por todos ha dado su vida en una cruz: *Pro ómnibus mortuus est Cristus;* y a todos y a cada uno nos está diciendo desde ese adorable Sacramento: *Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea;* como me amó mi Padre, asó y os he amado. Permaneced pues vosotros en mi amor.

Apartarse del mal y obrar el bien; este es el deber de todos nosotros, esta es la grande y sagradísima obligación que nos impone el amor de Jesucristo, esta es la condición de nuestra propia felicidad: *Universas vias Domini misericordia et veritas:* "todos los caminos del Señor son misericordia y verdad", ha dicho el salmista: ¡ah! ¿renuncias el amor de Jesucristo? ¡Caeréis en manos de su justicia!¿Desconocéis al Padre?¡Tendréis que someteros al Juez de equidad y sabiduría infinita!¡O cielo o infierno!¡O misericordia o justicia!¡O amor eterno o eterno olvido!

¡Ah! Yo doy fin a esta plática diciéndoos con el devotísimo P. S. Bernardo: "*Non vilescat, fratres mei, non vobis amarescat ipse amor Christi, ipsa charitas Christi:* Hermanos míos, no tengáis en poco el amor de Cristo, no tengáis por cosa amarga a la caridad de Cristo". ¡*Non vobis vilescat amor Christi,* no despreciéis, no tengáis en poca cosa el amor de un Dios que se hace hombre, que padece y muere en una cruz por nosotros y que se queda humillado y escondido en el Sacramento del Altar, para estar con nosotros hasta la consumación de los siglos! ¡*Non vobis amerescat charitas Christi* -no tengáis por cosa amarga el amar a Jesucristo! Su amor, es cierto, nos impone el sacrificio de nuestras pasiones, nos exige la renuncia de nosotros mismos, y el seguirlo con la cruz; pero para alentarnos, Él primero se entregó a la muerte de cruz, por nuestro amor; Él sostiene nuestra debilidad, Él endulza nuestras penas, ¡Él nos pide que nos unamos a sus dolores con el fin de que seamos participantes de su gloria y felicidad infinita! "*Non amarescat charitas Christi".* Él está en medio de nosotros para ayudarnos y consolarnos. ¡Ah! No miréis en menos el amor de Jesucristo, no lo tengáis por cosa amarga, ¡antes abrazadlo con todo vuestro corazón! Su sangre nos lava de nuestras culpas y sus méritos infinitos dan en esta vida el supremo bien de la paz y gozo de una buena conciencia, y en la otra la felicidad eterna que a todos se nos conceda por el mismo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina un solo Dios a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.